

El nacimiento de una nueva profesión: banquero

La actividad bancaria propiamente dicha, basada en el comercio del dinero, nació con la moneda, y eso sucedió en la región griega de Lidia en año 700 a. C. La difusión de la moneda convulsiónó la economía, basada todavía en el intercambio de productos alimentarios y otros bienes. Y no sólo eso ya que la riqueza se calculaba ahora por la posesión de monedas, y constituía un signo de autoridad y autonomía de las pequeñas ciudades Estado griegas (las poleis), que garantizaban su valor acuñando sus símbolos y escudos respectivos. En unos cuatro siglos de historia, en Grecia acuñaron moneda más de 1100 ciudades. Los sistemas monetarios y los propios nombres de las monedas cambiaban con frecuencia, por lo que se hizo indispensable la figura del cambista, el primer banquero propiamente dicho. Los cambios atraían los depósitos, y su uso dio origen a la actividad principal de la banca, que consistía en el préstamo con interés. Cuando los cambistas prestaban dinero, al igual que sucede hoy, exigían garantías (casas, objetos preciosos o esclavos). Pero a menudo confiaban en la honradez y honorabilidad del cliente. Los préstamos con la tasa de interés más elevada eran los llamados **de cambio marítimo**. Consistían en adelantar cierta suma a los comerciantes que debían efectuar largos y peligrosos viajes por mar: si conseguían regresar a la patria, devolvían el dinero más un alto interés; si, por el contrario, caían víctimas de los piratas o de las tempestades, la **banca** perdía la suma.

De las tiendas a las sociedades

En Roma, la banca pasó con el tiempo de simple tienda, regentada al principio por cambistas griegos, a una auténtica sociedad por acciones. Ya en el año 330 a. C., los primeros

banqueros de Roma, llamados *argentarii*, tenían establecidas siete tiendas en el Foro. Los *argentarii* eran secundados en su tarea por los *nummularii*, expertos cuya tarea consistía en determinar la validez de las monedas objeto de cambio o del metal para acuñar. Con la expansión de las conquistas a toda la Península itálica, en Roma cobró gran importancia la clase de los equites o caballeros, que al no poder desempeñar cargos políticos, reservados a los senadores, se dedicaban al comercio. Al orden de los caballeros pertenecían los publicanos y los negociantes. Los publicanos, muy poderosos, tenían encomendada la recaudación de impuestos, y además especulaban, suministrando notables sumas a elevado interés para llevar a cabo las grandes obras públicas que han llegado a nosotros: calzadas, acueductos, minas y teatros. Se trataba de iniciativas ambiciosas en todos los órdenes, y de ahí que nacieran sociedades cuyos responsables eran los llamados *socii in infinitum*: si los negocios se malograban, respondían con su patrimonio personal. Las sociedades estaban sostenidas por los accionistas, llamados *participes*, que sólo arriesgaban la suma que habían invertido, esto es, la acción. Las acciones o partes eran, como hoy, de diverso tipo según la entidad: había partes, *particulae* y partes *maiorae*. A los publicanos les auxiliaban administradores cobradores y correos. Los negociantes se ocupaban del comercio al por menor, participaban en las principales ferias y mercados, y a menudo seguían a las legiones para instalarse al borde de los campamentos, donde efectuaban operaciones de préstamo. Eran aventureros del comercio, eran gentes sin escrúpulos, y por ello estaban mal considerados por la población, que incluso llegó a darles muerte, como se refleja en las narraciones de los cronistas. Gracias a los ingresos de publicanos y negociantes, llegaban a Roma ingentes sumas de dinero que, a su vez, eran gestionadas por grandes familias de banqueros. La actividad bancaria en Roma alcanzó niveles elevados: existía incluso una especie de **sindicato** de banqueros que cuidaba de los intereses corporativos. Pero todo concluyó con las invasiones bárbaras. Los siglos inmediatamente posteriores a

la caída del Imperio romano estuvieron caracterizados por un gran estancamiento en casi todas las actividades económicas. En Occidente el trueque, por otra parte nunca abandonado, volvió a ser la principal forma de intercambio. A causa de una relación de cambio más favorable, hubo una gran afluencia de oro hacia Oriente: mientras en Bizancio el oro valía 12 veces más que la plata, los árabes cambiaban 14 partes de la segunda por una del primero. Contribuyó a favorecer esta situación un decreto del emperador de Oriente, que estableció la relación entre plata y oro en 1 a 18. Así pues, resultaba cada vez más favorable ceder oro a cambio de plata según las diversas valoraciones. Ello provocaba una creciente penuria de medios de pago y un fomento del monometalismo a favor de la plata, o sea, al uso de un solo tipo de metal como medio de intercambio.

La reforma de Carlomagno

A fines del siglo IX, Carlomagno llevó a cabo la gran reforma del sistema monetario